

En 1948 la editorial Losada de Buenos Aires publicó *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, de Américo Castro. El libro, poco menos que vendido en España en aquel entonces como un artículo prohibido, produjo una enorme conmoción y se agotó muy pronto, mucho antes de provocar la larga (y no estéril, ciertamente) polémica que trajo consigo. Recuerdo que el ejemplar que tuve entre mis manos había pasado antes por las de tres amigos, y tan sólo se me concedió una semana para leerlo, a fin de despacharlo a un cuarto que vivía en París. Américo Castro no se decidió nunca a publicarlo de nuevo y prefirió aprovecharlo para una nueva obra, *La realidad histórica de España*, de 1954, que, junto con la obra capital de Claudio Sánchez Albornoz, aparecida en 1956, constituiría uno de los polos de la polémica. Tan sólo en 1983, en la colección Lecturas de Filología, y gracias a la oportuna iniciativa de Carmen Castro y Francisco Rico, *España en su historia* ha sido de nuevo editado sin la menor modificación.

Por aquellos años cuarenta estaba de moda teorizar sobre España desde un punto de vista en-

sayístico, y siempre haciendo uso de generalizaciones que permitirían abordar *los males de la patria* sin tocar —o sólo con la mano izquierda— las enfermedades políticas de aquel momento. Se trataba de retomar el hilo dejado por Ortega en su *España invertida* para construir una teoría histórica que permitiese explicar lo inexplicable —la guerra civil— y remitir sus causas a una enfermedad constitucional de la criatura. Siempre hubo en nuestro país un investigador capaz de interpretar la historia de España como consecuencia de la carencia de un elemento vital, imprescindible para su unidad y progreso, y así Ortega, en su osadía, no vacilaría en señalar a la mala calidad de la sangre de los godos que nos tocaron en suerte como causante de gran número de nuestros males, y si se prescindía de un elemento genético, el origen del mal se buscaría en una de tantas inhibiciones que determinarían un carácter o una natura-

leza defectuosos. Para unos, el mal tendría su origen en la debilidad del feudalismo castellano-aragonés; otro optará por la falta de un verdadero Renacimiento; aquél se inclinará, sin lugar a dudas, por la ausencia de un movimiento reformista; después vendrán la carencia de una Ilustración, de una revolución industrial, de un compromiso europeo, y así hasta llegar a nuestros días. Si se tomaran juntas todas esas doctrinas interpretativas cabría concluir que la desgraciada historia española se debe a que en nuestro país no hubo una revitalización gótica, ni feudalismo, ni Renacimiento, ni reforma, ni Ilustración, ni revolución industrial, ni compromiso con Europa. ¿Qué hubo entonces? Al parecer nada bueno.

No podía estar ajeno Américo Castro, ni por su formación ni por sus inquietudes, a la tentación de escribir una historia interpretativa de su país. Pero la clave —revolucionaria, si se la

compara con la de sus colegas— de su interpretación no será una carencia, sino una sustancia, y su investigación no se dirigirá sino al sujeto de la historia; no hacia aquello que hipotéticamente le falta, sino hacia lo que es fehacientemente probado por la historia literaria. En una casi imperceptible nota a pie de página (en la 300 de la edición de 1983) confiesa Castro que “este mismo libro —un modesto e incipiente ensayo de intelección de la historia hispánica— habría sido imposible sin la filosofía del tiempo actual. Si interrogamos a España tomando puntos de vista meramente racionales o positivistas no conseguiremos casi nada, porque no son éstas las herramientas que demanda tan singular ingeniería. Todos, más o menos, le estábamos pidiendo a España lo que no poseía, y la juzgábamos por lo que no era, lo cual desordena e irrita la mente, sin conseguir mayores eficacias”.

Supongo que con la “filosofía

del tiempo actual”, Castro estaba haciendo una tácita referencia al saber de su época, y no sólo al filosófico, sino también al conocimiento histórico de España, del que supo hacer uso con mejor aprovechamiento que muchos de sus colegas y contemporáneos; no en balde tenía en su haber los numerosos estudios medievalistas, arabistas, renacentistas, erasmistas, etcétera, que, iniciados a principios de siglo, vendrán a cambiar muchos de esos prejuicios que han coloreado una historia “vaga y oficial”, que han alterado de manera puntual y local la visión tradicional de nuestro pasado y que, en lo sucesivo, serán los principales obstáculos para esos ensayos hermenéuticos de corte carencial. “Hora sería”, dice más adelante (página 412), “de ordenar nuestros juicios sobre la literatura española de acuerdo con su auténtica realidad y de devolver a la historia integral de Hispania lo que integralmente le pertenece”.

Creo que está de más, por muy conocida y poco menos que explícita en el subtítulo de la obra, detenerse en su idea central, y que será el principal motivo pro-

Pasa a la página 12

7 de junio de 1980

En Velintonia. Hablamos de Bergamín, por quien Aleixandre no siente mucha simpatía desde que leyó un artículo suyo en *Sábado Gráfico*, en el que atacaba injustamente a Dámaso Alonso, ataque que hizo luego extensivo a toda la generación. Vicente le admira como ensayista, pero no le estima como poeta. De Bergamín pasamos a Arniches, que era su suegro. Me cuenta que gracias a Bergamín, cuya situación en la zona republicana durante la guerra era muy sólida, Arniches pudo obtener pasaporte para salir de España al comienzo de la guerra y marchar a Buenos Aires. “Recuerdo”, me dice, “lo mal que me parecieron sus declaraciones a un periódico bonaerense, en las que atacaba a los gobernantes republicanos, a uno de los cuales, por cierto, Manuel Azaña, debía el haber podido salir del país”. Le pregunto si conoció a Arniches, y me dice que no, porque Arniches no tenía ninguna relación con los jóvenes poetas y no estimaba nada a la literatura joven de entonces: “Vivía algo aislado, en el

mundo de sus sainetes madrileños, que a mí, sin embargo, y a Federico nos gustaban mucho. Recuerdo la impresión que nos causaron algunos de ellos, como también los artículos de Ramon Pérez de Ayala elogiando las obras de Arniches mientras ponía verde a Benavente. Arniches logró una gran fama con sus sainetes y sus piezas dramáticas, y ganó una fortuna con ellas”.

De Arniches pasamos —y va de teatro— a los hermanos Quintero. Le recuerdo el artículo de Cernuda elogiando sus comedias andaluzas. “Estoy de acuerdo”, me dice, “con ese elogio de Cernuda, aunque había que recordar aquello de Unamuno: ‘¿Contra quién va ese elogio?’. Pero hay que reconocer que en este caso Cernuda tenía razón, pues algunas de esas comedias

de los Quintero —*El patio*, por ejemplo— son deliciosas. Lo malo es cuando los Quintero se ponían a hacer comedias dramáticas, porque entonces desbaraban”. Le recuerdo que Antonio Machado no tenía buena opinión de las comedias de los Quintero. Él mismo dice en alguna parte que una vez un amigo suyo le aconsejó que si quería saber lo que era Andalucía tenía que ir a ver las comedias de los Quintero. Atendiendo a la sugerencia de su amigo, don Antonio fue a ver una de ellas, y al salir le dijo a su amigo: “Pues si eso es Andalucía, prefiero Soria”. “Antonio Machado”, comenta Vicente, “era un poeta hondo y grave, y la Andalucía jovial y alegre de los Quintero no podía gustarle. En cambio, seguro que aquellas comedias le gustaban a su hermano

Manuel, más identificado, quizá por haber vivido más años en Sevilla, con aquella Andalucía zalamera y chispeante. A mí personalmente, una comedia como *El patio* me parece más fresca y verdadera que todo el teatro de los Machado, que me gusta bien poco, y no está a la altura del gran poeta que es don Antonio. Por cierto, que veo ahora a los jóvenes muy desdénosos con la poesía de Antonio Machado. Le encuentran provinciano y castellanista en exceso, olvidando al gran poeta simbolista de *Soledades. Galerías*, y de no pocos poemas de *Campo de Castilla* —y no me refiero a los castellanistas—, sin olvidar que también es el autor de unos cuantos sonetos admirables, entre los más hermosos de la poesía española. Antes, en los primeros 30 años de la

posguerra, era Juan Ramón el injustamente olvidado. Ahora Juan Ramón está en alza, y me parece muy justo, pero sin que por ello debamos desdeñar a Machado”.

Hablamos de los últimos premios literarios: “Es una lástima”, comenta Vicente, “que el Premio Nacional de Poesía no haya sido para Antonio Colinas, pues su libro *Astrolabio*, que tú has comentado en *Ínsula*, era el mejor de los publicados en el año. Es absurdo que el jurado le pusiera pegas reglamentarias y *Astrolabio* no llegara a entrar en las votaciones”. Le pregunto sobre Onetti, para quien ha sido el Premio Cervantes. “Lo he leído poco”, me dice, “pero sin duda es un gran novelista. Lo que no me ha gustado es su respuesta a un periodista que le preguntó qué representaba para él el Premio Cervantes. La respuesta de Onetti fue: ‘Diez millones de pesetas’. Los 10 millones están muy bien, pero el Premio Cervantes es algo más que eso. Al menos para mí el Nobel fue bastante más que un premio económico. Significó que mi

Pasa a la página 12

De nuevo ‘España en su historia’

JUAN BENET

Los cuadernos de Velintonia

Arniches, los Quintero y Ramón

JOSÉ LUIS CANO